

amnistía internacional

ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA

Hablando claro: voces contra la muerte

Octubre de 1999 RESUMEN

ÍNDICE AI: AMR 51/128/99/s

DISTR: SC/DP

Amnistía Internacional considera que las ejecuciones constituyen una afrenta a la dignidad humana: son la forma más extrema de trato cruel, inhumano y degradante. Además, embrutecen a cuantos participan en ellas, y también a la sociedad en la que tienen lugar. En resumen, son un síntoma de violencia, no un camino para su prevención.

Este documento incluye, por medio de testimonios personales, ejemplos de cómo las ejecuciones afectan a distintas personas. Entre otros, se exponen los testimonios de personas que han presenciado una ejecución, de la madre de un condenado, de una mujer que estuvo condenada a muerte y fue liberada cuando se descubrió que era inocente del crimen del que se la había declarado culpable, del diario de un menor ejecutado y de un familiar de una víctima de asesinato que ha manifestado su rechazo por la pena de muerte. Sus palabras dan fe de la realidad y el horror de los homicidios autorizados por el Estado.

Esto es un resumen del documento titulado *Estados Unidos de América: Hablando claro: voces contra la muerte* (Índice AI: AMR 51/128/99/s), publicado por Amnistía Internacional en octubre de 1999. Quien desee más información o emprender acciones al respecto deberá consultar el documento completo. También pueden encontrar una amplia variedad de nuestros materiales sobre este y otros temas en la dirección <http://www.amnesty.org>, y pueden recibir por correo electrónico los comunicados de prensa de Amnistía Internacional en <http://www.amnesty.org/news/emailnws.htm>

TRADUCCIÓN DE EDITORIAL AMNISTÍA INTERNACIONAL (EDAI), ESPAÑA

Público

amnistía internacional

ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA

Hablando claro: voces contra la
muerte

Octubre de 1999
Índice AI: AMR 51/128/99/s
Distr: SC/DP

SECRETARIADO INTERNACIONAL, 1 EASTON STREET, LONDRES WC1X 0DW, REINO UNIDO

TRADUCCIÓN DE EDITORIAL AMNISTÍA INTERNACIONAL (EDAI), ESPAÑA

ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA

Hablando claro: voces contra la muerte

Introducción

Amnistía Internacional considera que las ejecuciones constituyen una afrenta a la dignidad humana: son la forma más extrema de trato cruel, inhumano y degradante. Además, embrutece a cuantos participan en ellas, y también a la sociedad en la que tienen lugar. En resumen, son un síntoma de violencia, no un camino para su prevención (jamás ha podido demostrarse que la pena de muerte tenga un efecto disuasorio frente a la delincuencia violenta superior al de otras penas).

La pena de muerte afecta profundamente a los miembros de todas las sociedades que recurren a los homicidios autorizados por el Estado, independientemente de que esas personas apoyen este tipo de castigo o no. Para justificar la pena de muerte, muchos de sus defensores en Estados Unidos citan el «derecho» de los familiares de la víctima a recibir una reparación. Amnistía Internacional siente una inmensa simpatía hacia las víctimas de delitos violentos y hacia sus familiares. Sin embargo, la comprensible rabia que estas personas sienten hacia los autores de esos actos no puede utilizarse para justificar la violación de los derechos humanos de los condenados por delitos violentos. Además, no todas las familias de las víctimas de la violencia opinan igual. Cada vez hay más que afirman que la pena de muerte no sólo no les ayuda a superar su tragedia personal, sino que, de hecho, da lugar a nuevas víctimas, perpetuando así el ciclo de violencia.

Durante los últimos años, la organización *Murder Victims Families for Reconciliation* (Familias de las Víctimas de Asesinato por la Reconciliación)¹ ha trabajado activamente para conseguir que los familiares de víctimas de homicidio se pronuncien contra la pena de muerte. Marie Deans, una de las fundadoras de esta organización, ha declarado:

Después de un asesinato, los familiares de la víctima deben hacer frente a dos cosas:

¹ La organización se describe así: «MVFR es una organización nacional compuesta por los familiares de víctimas tanto de asesinato como de homicidios cometidos por el Estado que se oponen a la pena de muerte en todos los casos. Nuestra misión consiste en abolir la pena de muerte. Pedimos programas y medidas que reduzcan el número de homicidios y promuevan la prevención del crimen y alternativas a la violencia. Queremos programas que afronten las necesidades de las víctimas de la violencia y las ayuden a reconstruir sus vidas».

una muerte y un crimen. En esos momentos necesitan ayuda para luchar contra el dolor, y apoyo para curar su alma y reconstruir su vida. Sabemos por experiencia que la venganza no es la respuesta. La respuesta reside en reducir la violencia, no en causar más muertes. La respuesta reside en apoyar a quienes sufren por la pérdida de sus seres queridos, no en crear más familias rotas. Ha llegado la hora de romper el ciclo de violencia. A quienes dicen que la sociedad debe arrebatar una vida a cambio de otra, les decimos: «no en nuestro nombre».

Quienes justifican la pena de muerte citando los «derechos» de los familiares de las víctimas rara vez mencionan el sufrimiento que causan las ejecuciones a otras personas. El trauma que sufren los guardias y funcionarios de prisiones que participan en las ejecuciones, el dolor emocional padecido por los familiares y seres queridos del ejecutado, los sentimientos de los abogados defensores que pueden pensar que, en cierto modo, han «fallado» a sus clientes, o la cantidad de personas a las que embrutecen las ejecuciones son cuestiones dejadas de lado por unos dirigentes políticos que esgrimen ante el electorado las «ventajas» de la pena capital.

Los testimonios personales que incluimos a continuación ilustran el impacto que la pena de muerte tiene sobre las personas a las que afectan las ejecuciones.

Testigo de una ejecución

Rick Halperin

Rick Halperin lleva trabajando activamente contra la pena de muerte en Texas desde 1967. En 1998, el condenado a muerte Frank McFarland le pidió que asistiera como testigo a su ejecución a manos el estado. A continuación ofrecemos el relato de Rick.

Frank McFarland, de 24 años, fue condenado a muerte por el asesinato, en 1988, de Terri Lynn Hokanson. Procedente de una numerosa familia de la zona de Dallas, Frank me había estado escribiendo durante dos años, y en todo ese tiempo había defendido rotundamente su inocencia. Parecía que su ejecución, fijada para el 29 de abril de 1998, iba a llevarse a cabo, así que pidió reunirse conmigo y con su hermana Dawn. Por aquel entonces estaba esperando que le comunicaran si se le concedía o no una vista para analizar nuevas pruebas que arrojaban serias dudas sobre su culpabilidad. No obstante, no se mostraba demasiado optimista respecto a la concesión de esa vista. Más bien estaba centrado en poner en orden sus asuntos y planificar su ejecución y las cosas que quería que se hicieran después.

Durante nuestra conversación de ese día, Frank dijo muchas veces que estaba preparado para morir, que eso lo liberaría de la tortura física y psicológica que había soportado durante los diez años que había permanecido en el severo régimen del pabellón de los condenados a muerte. También dijo que no iba a pedir clemencia ni a disculparse por un crimen que no había cometido. Luego me preguntó si estaría dispuesto a asistir como testigo a su ejecución. En principio me sorprendió su petición, pero finalmente accedí a asistir junto a su madre y su consejera espiritual.

El 28 de abril, Dawn me telefoneó para comunicarme que los tribunales habían denegado la petición de Frank de una vista para examinar nuevas pruebas, y que parecía seguro que la ejecución tendría lugar al día siguiente. Organicé mi viaje, ya que los testigos de la ejecución tenían que presentarse en Huntsville para una reunión con el capellán de la prisión a las tres de la tarde. Nos reunimos en un motel que estaba a tan sólo unas manzanas del lugar donde se llevaría a cabo la ejecución. Allí estaban la madre de Frank, Diana, y su asesora espiritual, Camille. El capellán habló de lo que iba a suceder antes, durante y después de la ejecución de Frank. Preguntó varias veces a Diana si estaba emocionalmente preparada para ver morir a su hijo, y su respuesta siempre fue «sí».

La madre de Frank me dijo varias veces que estaba furiosa. La enfurecía que el proceso judicial hubiera llevado a su hijo y a su familia a esa situación. Dijo que sabía que su hijo era inocente, y que su falta de recursos económicos había contribuido a ese final, ya que el abogado designado por el tribunal para defenderlo en el juicio inicial era un incompetente. Diana estaba furiosa también con su iglesia. Dijo: «durante diez años nos han tratado como a leprosos. ¿Qué clase de cristianos son?».

Aproximadamente a las cuatro y cuarto de la tarde fuimos en automóvil desde el hotel hasta la prisión, donde nos escoltaron hasta una gran sala de espera en la que se encontraban ya otros familiares de Frank. Hablaban sobre la última visita que habían podido hacer a Frank, esa mañana, y contaban anécdotas sobre él y sobre la familia mientras rememoraban aspectos de su vida. Mientras tanto, Frank había pedido, y se lo habían concedido, que le dejaran escuchar música de gaita escocesa en un magnetofón en la celda en la que permanecería hasta que lo trasladaran a la cámara de ejecución.

Hacia las cinco de la tarde, cuatro funcionarios de la prisión —tres hombres y dos mujeres— vinieron y nos llevaron a los tres testigos a habitaciones separadas, donde nos registraron. A las cinco y cuarto nos llevaron de vuelta a la sala grande, pero nos dijeron que no tuviéramos contacto ni físico ni verbal con los demás familiares. Fuimos a un extremo de la sala, y un funcionario vino y nos dijo que antes de la ejecución nos escoltaría hasta otra parte del edificio. Aguardamos casi hasta las seis menos diez, sentados en silencio, hasta que tres guardias entraron en la sala y uno de ellos dijo: «Por favor, los tres testigos, que nos acompañen». La madre de Frank abrazó a Theresa y Dawn y luego abandonamos la sala y fuimos escoltados hasta otro ala del edificio.

En otra sala había seis empleados de la prisión, dos guardias y un periodista de Associated Press. Ninguno de ellos nos miró ni nos dirigió la palabra. La madre de Frank estaba muy callada y pensativa. Un hombre entró y nos dijo que lo siguiéramos. Salimos al exterior y doblamos una esquina. Era un día cálido y soleado. Pasamos junto a una verja alta con una hilera triple de alambre de cuchillas en lo alto; ante la sala en la que estábamos a punto de entrar había dos guardias. Entramos en la sala de testigos. Mi primera impresión fue que era demasiado pequeña para toda la gente que había en ella: estábamos los tres testigos, cinco periodistas, el capellán y cuatro funcionarios de la prisión.

Los testigos caminamos hasta el cristal y miramos a la cámara de ejecución. Frank

estaba sujeto a la camilla, con la cabeza girada hacia la derecha, mirándonos mientras entrábamos en la sala. No estaba presente ningún familiar de la víctima. Frank estaba sujeto por unas bandas que le inmovilizaban los tobillos y otras bandas de cuero más largas que le sujetaban por las espinillas, los muslos, la cintura y el pecho. Sin embargo, consiguió dirigirnos una sonrisa cuando entramos. También llevaba unos vendajes elásticos en las dos manos, pero no nos explicaron porqué.

La cámara de ejecución en sí era muy pequeña. Frank tenía una aguja insertada en cada brazo, y los tubos que salían de cada una de ellas eran perfectamente visibles. Bajo la cabeza, a modo de alhogada, tenía una toalla doblada. El capellán de la prisión estaba al pie de la camilla. Ni una sola vez miró a Frank ni a ninguno de los presentes en la sala de testigos. El alcaide de la prisión estaba junto a la cabecera de la camilla. Desde el techo bajaron un gran micrófono que quedó a tan sólo unos centímetros de la boca de Frank. Él cerró los ojos y giró la cabeza, apartando la mirada de la sala, para poder hablar directamente al micrófono.

En sus últimas palabras, Frank reiteró una vez más su inocencia, y dijo: «no debo ninguna disculpa por un crimen que no cometí. Quienes mintieron y falsificaron pruebas en mi contra tendrán que responder por lo que han hecho. Pido a los espíritus de mis antepasados, a la tierra, al mar y al cielo, que abran para mí una senda, y les juro, aquí y ahora, que regreso a casa». Su madre se echó a llorar. Los técnicos médicos pusieron en marcha el mecanismo de la inyección letal y las dos salas quedaron en silencio absoluto. Vi el pecho de Frank subir y bajar varias veces. Al cabo de un momento pareció entrar en un sueño profundo y después, de repente, exhaló un largo suspiro, acompañado de un ruido como una tos o un gorgoteo. Su pecho se detuvo y permaneció allí, totalmente inmóvil, tendido en la camilla.² El alcaide y el capellán tenían la vista fija en el suelo. Esa escena pareció congelarse en el tiempo, mientras transcurrían unos cuatro minutos. Sin embargo, nadie en la sala decía una palabra.

Finalmente, la madre de Frank dijo, mirando aún por el cristal a su hijo ahora muerto, «parece tan tranquilo. Está en un lugar mejor». Un empleado médico entró en la cámara de ejecución. Sacó una pequeña linterna de bolsillo, levantó los párpados de Frank y dirigió la luz directamente a sus pupilas. Luego le puso la mano en la arteria carótida, para comprobar si había pulso. Por último, le colocó el estetoscopio sobre el corazón, y se inclinó sobre el cuerpo de Frank escuchando atentamente para comprobar si latía. Luego se enderezó, se acercó al micrófono y dijo: «la muerte ha tenido lugar a las 6 y 27». Entonces el alcaide se volvió hacia la sala de testigos y repitió sus palabras: «la muerte ha tenido lugar a las 6 y 27 de la tarde».

2 Aunque la muerte de Frank McFarland pareció bastante tranquila, Amnistía Internacional ha documentado numerosas ejecuciones fallidas llevadas a cabo mediante inyección letal. Por ejemplo, Scott Carpenter fue ejecutado en Oklahoma el 18 de mayo de 1997. Dos minutos después de serle administrada la inyección, Carpenter empezó a hacer ruidos; el estómago y el pecho empezaron a «palparle» y su cuerpo sufrió 26 convulsiones, muchas de ellas violentas. Fue declarado oficialmente muerto once minutos después. Si desean más información, consulten el documento *La inyección letal: la tecnología médica de la ejecución*, Índice AI: ACT 51/01/98/s.

Un funcionario de la prisión nos pidió que lo siguiéramos. Desandamos el camino sin decir una palabra. La sala de espera estaba muy tranquila pero, en cuanto entramos, algunos de los presentes se echaron a llorar. Dawn estaba sola en una esquina. Estalló en sollozos y la madre de Frank fue hacia ella, diciendo a todo el mundo con voz enérgica: «Frank no ha sufrido. Se fue en paz. Dad gracias por eso». Un funcionario apareció e informó al grupo de que los periodistas querían saber si la familia tenía algo que decir. Antes de la ejecución Diana había dicho que sólo hablaría con el periodista de Associated Press.

El periodista entró en la sala y expresó su condolencia a la señora McFarland. Ella le leyó una declaración que llevaba preparada y que, entre otras cosas, decía que «Frank ha pagado un alto precio por una deuda que no era suya. Ahora Frank está tranquilo, y la familia se hará más fuerte». Habló con el periodista durante unos diez minutos y luego se reunió con su familia para compartir su dolor. Cuando salimos el día aún era cálido y soleado. Nos abrazamos y subimos a nuestros respectivos vehículos rumbo a nuestros puntos de destino. Mi viaje de vuelta a Dallas fue muy sombrío. Volvía a ver todo el proceso en mi cabeza una y otra vez.

Esa misma tarde vi un informativo en el que decían que la Corte Suprema de Estados Unidos había amonestado a la Corte de Apelación del Noveno Circuito por retrasar ejecuciones; leyeron una cita de la Corte Suprema que decía: «La Corte de Apelación del Noveno Circuito ha estafado a las víctimas de delitos al retrasar ejecuciones». También citaron unas palabras del juez Anthony Kennedy que decían: «Llegado el momento, debe permitirse que el Estado ejerza su autoridad soberana para castigar a los delincuentes. Sólo con una finalidad real las víctimas de delitos podrán avanzar, sabiendo que la sentencia moral será ejecutada». Tras haber presenciado la ejecución de esa sentencia moral, me sentí más decidido que nunca a seguir luchando contra ella.

Esperando a que mi hijo muera

Lois Robison

Lois y Ken Robison han hecho campaña incansablemente en favor de la vida de su hijo Larry y contra la pena capital desde que Larry fue condenado a muerte en 1985. A continuación, Lois narra los sucesos que llevaron al crimen cometido por Larry, y habla de su lucha para salvar la vida de su hijo.

Somos una familia normal, salvo por el hecho de que tenemos a un hijo condenado a muerte. Larry era el niño con el que toda madre sueña: buen estudiante, *boy scout*, un chico fantástico, hasta que enfermó. Durante la adolescencia empezó a tener problemas y lo llevamos al Servicio de Familia y Menores en busca de ayuda, pero no supieron diagnosticar cuál era el problema. Más tarde, cuando las cosas empeoraron, lo llevamos al Departamento de Psiquiatría del Centro Médico de la Universidad de Kansas. Allí estuvo viendo a un psiquiatra durante más de un año.

Más tarde se unió a las fuerzas aéreas y fue destinado a Europa, hasta que de repente lo enviaron a casa, licenciado con honores, un año después de haberse enrolado. Sabíamos que tenía problemas, pero no supimos lo graves que eran hasta que cumplió los 21 años. Nos llamó y nos suplicó que lo ayudáramos; se imaginaba toda clase de cosas; pensaba que había salido de su cuerpo y que volaba por las calles. Creía que hacía estallar cosas con la mente, que había matado a gente al hacer estallar con el poder de su mente el depósito de gasolina de sus automóviles.

Fuimos a buscarlo y lo llevamos al servicio de urgencias del hospital local; allí el médico nos dijo que Larry sufría esquizofrenia paranoide. Al día siguiente, nuestro médico de cabecera llamó a un psiquiatra para que lo examinara, y el psiquiatra nos dijo que Larry era un caso típico de esquizofrenia paranoide y que necesitaba un tratamiento prolongado. Nos preguntó cuál era nuestro seguro médico. Por desgracia, mi seguro ya no cubría a Larry, porque acababa de cumplir 21 años, y él no tenía seguro propio. Cuando descubrieron que nadie podía pagarles les entraron muchas prisas por sacarlo del hospital, y empezaron a pensar dónde podían mandarlo. Finalmente decidieron que debíamos llevarlo al hospital del condado, así que lo hicimos.

Todos los médicos nos preguntaron si Larry había mostrado alguna vez un comportamiento violento. Nuestra respuesta fue «no, nunca». Entonces nos dijeron que no podían ingresarlo a menos que tuviera un comportamiento violento, que lo máximo que podían tenerlo allí eran treinta días. Nos dijeron una y otra vez que no lo lleváramos a casa, pero aún así iban a darle el alta. No tenía dinero, ni trabajo, ni sitio donde vivir, ni automóvil. Sólo nos tenía a nosotros. Les dije: «No pueden ponerlo en la calle así, sin más», y ellos me respondieron: «Quizá le sorprenda, pero lo hacemos todos los días».

Rogué y supliqué hasta que finalmente accedieron a enviarlo a otro hospital. Tuvimos que conseguir que firmara su ingreso voluntario, lo que fue toda una hazaña, teniendo en cuenta que se trataba de un esquizofrénico que creía que todo el mundo conspiraba contra él.

Lo tuvieron allí menos de treinta días: «No podemos tenerlo más porque no es violento. Si empieza a adoptar un comportamiento violento, lo ingresaremos». Nos dijeron que lo lleváramos al centro local de salud y deficiencia mental para que le prescribieran un tratamiento externo. Ese proceso llevó unas seis semanas y, para entonces, Larry había desaparecido; se había marchado de casa, lo habían atrapado y estaba en una cárcel del condado vecino. Lo dejamos en la cárcel durante seis meses porque allí estaba más seguro que en la calle.

Finalmente encontré a alguien dispuesto a escucharnos y ayudarnos que sacó a Larry de la cárcel y lo ingresó en un centro de reinserción social (un centro supervisado a medio camino entre la cárcel y el mundo libre). Por desgracia, allí tampoco comprendían la enfermedad de Larry. Nuestro hijo estuvo en ese centro durante una temporada, y nosotros creíamos que estaba mejorando hasta que, de repente, oímos en la radio que Kansas había dictado una orden de detención contra un tal Larry Keith Robison por asesinato.

La primera vez que Larry tuvo un comportamiento violento fue cuando mató a cinco personas. Estábamos totalmente horrorizados, pero pensábamos que lo enviarían a un hospital mental para el resto de su vida. Estábamos muy equivocados. Lo encerraron en la cárcel del condado, y no le pusieron ningún tratamiento: trató de suicidarse dos veces y las dos lo llevaron al hospital y le salvaron la vida; un año después lo juzgaron. Pese a que el médico que lo había tratado en el hospital del condado declaró que Larry era un ejemplo típico de esquizofrenia paranoide, el fiscal del distrito dijo que no lo era.

Por fin se anunció el veredicto: Larry fue declarado culpable y condenado a muerte. Él había suplicado nuestra ayuda, y nosotros se la habíamos suplicado a todas las personas de Texas a las que habíamos podido dirigirnos, pero nadie nos había ayudado. La gente de este país no sabe lo que está sucediendo realmente, y tiene que saberlo porque, si Larry hubiera recibido el tratamiento que suplicamos durante años, cinco personas estarían hoy vivas y mi hijo no estaría en espera de ser ejecutado.

Larry ha mejorado mucho desde que fue condenado a muerte. Al principio estuvo muy enfermo, y decía que seguía oyendo voces. Al cabo de un tiempo continuaba oyéndolas, pero sabía que no eran reales; ahora ya no las oye. La enfermedad parece haber remitido, algo bastante habitual en más o menos un tercio de las esquizofrenias, en las que el enfermo se recupera espontáneamente con el tiempo; ése parece haber sido el caso de Larry. Parece muy lúcido, está escribiendo un libro sobre su vida y otro sobre sistemas penitenciarios que realmente funcionan. Ha ayudado a fundar una organización llamada *Endeavour Project* (Proyecto Esfuerzo) formada por reclusos del pabellón de los condenados a muerte. También ha ayudado a fundar un grupo llamado *Lamp of Hope* (Luz de Esperanza).³

Hace un par de años llevamos a la cárcel a su hija para que lo conociera. Era la primera vez que se reunían. Él no la había visto desde que ella tenía un año. Fue la vez que

³El Proyecto Luz de Esperanza (*Lamp of Hope*) tiene como objetivo educar a los ciudadanos sobre las alternativas a la pena de muerte, y ofrece apoyo a las familias de víctimas de asesinato «promoviendo la curación y la reconciliación» y a las familias de presos.

más feliz he visto a Larry en toda su vida. Durante todos esos años, su madre había dicho a la niña que su padre estaba en una institución y que estaba enfermo. Le había enseñado fotos de Larry, así que la pequeña sabía quién era. Cuando cumplió 14 años, su madre decidió que había llegado el momento de que supiera en qué tipo de institución estaba Larry. Ella fue a verle, y fue un momento maravilloso. Para su esposa la situación resulta muy difícil, porque aún le ama; aunque han pasado muchos años, me ha dicho que nadie se ha portado tan bien con ella como Larry.

ACTUALIZACIÓN: La ejecución de Larry Robison, prevista para el 17 de agosto de 1999, fue suspendida por la Corte de Apelaciones en lo Penal de Texas unas horas antes del momento para la que estaba fijada.

Errores judiciales: sobrevivir a la pena de muerte

Sunny Jacobs

Sunny Jacobs fue declarada culpable y condenada a muerte, junto con su esposo Jesse Tafero, en Florida en 1976. Al cabo de diecisiete años fue liberada. Jesse Tafero no tuvo tanta suerte. Aunque había sido condenado por pruebas casi idénticas, fue ejecutado en 1990.

Yo viajaba en un automóvil conducido por Walter Rhodes junto con mis hijos y mi esposo Jesse, de camino a Fort Lauderdale. Sabía que Walter había salido recientemente de la cárcel tras un robo a mano armada, pero estaba desesperada y su automóvil era el único medio que teníamos para salir de Miami. Era el 20 de febrero de 1976 y por fin había conseguido convencer a Jesse de que intentáramos escapar de la vida de drogas y pequeños delitos en la que se había metido.

Aparcamos un rato para que Walter pudiera descansar. Un policía estatal salió de la nada, abrió la puerta del conductor y sacó un arma de entre los pies de Walter. Me quedé sorprendidísima: no tenía ni idea de que hubiera un arma en el automóvil. El agente ordenó a Walter y Jesse que salieran, y entonces un segundo agente obligó a Jesse a inclinarse con los brazos extendidos sobre el capó. Vi a Walter caminar hacia la parte trasera del vehículo. De repente oí disparos, y me arrojé inmediatamente sobre los niños para protegerlos. Cuando cesó el tiroteo miré y vi que Jesse estaba ileso y, sin ninguna duda, desarmado. Vi a Walter con una segunda arma en la mano. Gritó a Jesse que tenían que marcharse, y llevarse el vehículo policial. Jesse me dijo que teníamos que hacerlo. Tenía miedo de que, si no obedecíamos, Walter nos matara, ya que habíamos sido testigos de lo sucedido. La policía, al saber lo sucedido, se lanzó tras nosotros: la persecución acabó con Walter herido en una pierna y con nosotros tres detenidos y acusados de asesinato.

El caso atrajo mucho la atención de los medios de comunicación, pues era la primera vez que en el condado de Broward dos agentes de policía resultaban muertos en un mismo incidente. Nos juzgaron a los tres por separado, pero el juicio de Jesse se celebró unos cuatro meses antes que el mío. Cuando supe que lo habían condenado a muerte no podía creerlo. Descubrí que a Walter le habían ofrecido una reducción de la pena si se declaraba culpable y Amnistía Internacional, octubre de 1999 Índice AI: AMR 51/128/99/s

testificaba contra Jesse y contra mí. Antes de eso, no me había tomado la cosa demasiado en serio, porque estaba segura de que cuando el caso fuera a juicio la verdad saldría a relucir.

Cuando te juzgan por asesinato, la sensación es tan abrumadora que resulta difícil entender el lenguaje jurídico, y desde luego es imposible comprender los procedimientos. Dos agentes de policía que me interrogaron tras la detención declararon que yo había confesado mi participación en los asesinatos, y eso no era cierto. Se reprodujeron unas grabaciones magnetofónicas del interrogatorio en las que yo negaba enérgicamente haber tenido nada que ver con la muerte de los agentes. También hubo un testigo presencial que declaró que Walter era el único que estaba en situación de disparar contra los agentes, pero ese testimonio se declaró inadmisibile porque se contradecía con otro ofrecido por otro testigo presencial que sólo pudo ver en parte lo sucedido.

Durante la segunda semana de mi juicio citaron como testigo a una mujer recluida en mi misma cárcel. Yo estaba muy confusa porque, aunque reconocía su cara de la cárcel, nunca habíamos hablado. Ella dijo al tribunal que yo le había dicho que había participado en el asesinato, que me había divertido y que volvería a hacerlo. Todo eso era mentira. Cuando la fiscalía terminó con su turno de testigos, mi abogado me dijo que no había necesidad de plantear una defensa porque la acusación no tenía caso. Mi confesión de culpabilidad no era fiable y Walter era el único cuyas manos mostraban rastros de haber disparado un arma, así que estuve de acuerdo. Sin embargo, el jurado me declaró culpable.

Durante la vista para dictar sentencia, mi abogado no hizo ningún alegato. Cuando se anunció la condena de muerte, miré al juez mientras él decía a la sala exactamente cómo debía ser ejecutada. Dijo que me aplicarían una descarga de 2.000 voltios hasta que muriera. Luego me preguntó si tenía algo que decir. Yo dije: «no»; sólo quería marcharme. Más tarde, la prensa me preguntó por qué no había suplicado por mi vida. Yo respondí que no iba a pedir piedad, que no consideraba que la necesitara; lo que yo necesitaba era justicia.

Estuve en el pabellón de los condenados a muerte durante cinco años, hasta que me redujeron la pena a otra de cadena perpetua. Como yo era la única mujer condenada a muerte, me encerraron en una celda pequeña para mí sola, y durante los primeros meses me limitaba a recorrerla de un lado a otro. Luego me di cuenta de que, si no me dedicaba a demostrar mi inocencia, me iban a freír. Durante esos cinco años Walter Rhodes confesó los asesinatos al menos cinco veces, e incluso firmó una declaración jurada. Sin embargo, todas las veces se retractó de la confesión y volvió a su testimonio inicial. Cada retractación venía seguida de una visita del fiscal encargado del caso o de un miembro de su equipo.

Tardamos once años en localizar a la compañera de cárcel que había declarado en mi contra. Cuando supo que yo aún estaba en prisión presentó inmediatamente una declaración en la que afirmaba que el fiscal la había visitado en la cárcel y la había amenazado diciéndole que las cosas le podían ir muy mal si no testificaba en falso contra mí. Se celebró una vista federal pero, al final, el tribunal dijo que era sólo su palabra contra la del fiscal y que, puesto que ella tenía antecedentes penales, no era lo suficientemente digna de crédito. Aunque hubieran creído que ella había mentado, no podíamos demostrar que el fiscal supiera que

estaba mintiendo. Por lo tanto, se consideró un error inocuo y no se modificó mi declaración de culpabilidad. También había pruebas que se habían ocultado y que no se descubrieron hasta mucho después de nuestra condena; por ejemplo, había una prueba del polígrafo en la que Walter admitía haber actuado solo, y una declaración jurada de un guardia de la prisión que había oído a Walter confesar. Considero que el ocultar ese tipo de pruebas en un caso de pena capital equivale a cometer un asesinato.

La ejecución de Jesse se había fijado para el 4 de mayo de 1990, a las siete de la mañana. Recuerdo nuestra última conversación telefónica. Faltaban unas cuatro horas para la ejecución, y hablamos durante diez minutos. Sólo pudimos decirnos uno a otro que nos queríamos, una y otra vez. Fui a la capilla de la prisión y esperé hasta las siete. La hora llegó y pasó, y yo no sentía nada. Aunque no había visto a Jesse en los últimos quince años, nos habíamos escrito todos los días, y creo que en algunos aspectos estábamos aún más unidos que antes. Pregunté al capellán si podía quedarme allí de pie y rezar en silencio. Finalmente, al cabo de unos minutos interminables, sentí que una oleada de emoción me traspasaba y me eché a llorar. Supe que Jesse había muerto.

Más tarde averigué que la ejecución había sido terrible. Una compañera de la prisión me lo dijo, para que no tuviera que enterarme por la televisión. Jesse no murió a las siete en punto, como estaba previsto: tardó siete minutos en morir. Durante siete minutos le aplicaron una descarga tras otra, hasta que finalmente su cabeza estalló en llamas. Después de eso, no quise ver ningún informativo.

Cuando se cometieron los asesinatos, en 1976, mi hija tenía diez meses, y mi hijo nueve años. Aquel incidente y todo lo que le siguió destrozaron su infancia, y aún siguen sufriendo sus consecuencias. Creo que quien más lo sufre es mi hijo, pues él era mayor. Estaba allí y sabe la verdad, y no comprende cómo se ha permitido que suceda algo así.

El 9 de octubre de 1992, el día que me liberaron, salí del juzgado y no sabía qué hacer. Eché a correr, cada vez más deprisa: era tan feliz de estar libre. Ese día será siempre mi segundo cumpleaños, pues es el día en que volví a nacer y, lo más importante, es el día en el que pude ver a mis hijos y mis nietos. Muchos me preguntan que si siento rencor. Admito que al principio estaba furiosa, pero tuve diecisiete años para hacer frente a esa furia. Ahora puedo responder que no guardo rencor; si lo hiciera, perdería el tiempo, y ya he perdido demasiado. Estoy demasiado ocupada siendo un individuo libre y feliz.

Aguardando la muerte

Del diario de Sean Sellers

Sean Sellers fue ejecutado por el estado de Oklahoma el 4 de febrero de 1999, tras haber pasado más de doce años en el pabellón de los condenados a muerte. Había sido declarado culpable y condenado por un asesinato que cometió cuando tenía 16 años. Fue el primer preso ejecutado en Estados Unidos desde 1959 por un delito cometido a esa edad. Durante los años noventa sólo se ha tenido noticia de seis países que hayan ejecutado a menores: Arabia Saudí, Irán, Nigeria, Amnistía Internacional, octubre de 1999 Índice AI: AMR 51/128/99/s

*Pakistán, Yemen y Estados Unidos.*⁴ A continuación incluimos unos extractos del diario que Sean estuvo escribiendo durante las semanas previas a su ejecución.

⁴ Si desean más información, consulten *En la página equivocada de la historia: Los menores y la pena de muerte en Estados Unidos* (Índice AI: AMR 51/58/98/s) y *Estados Unidos: Matar la esperanza: la ejecución inminente de Sean Sellers* (Índice AI: AMR 51/108/98/s).
Índice AI: AMR 51/128/99/s Amnistía Internacional, octubre de 1999

Domingo 13 de diciembre de 1998

Tienes que creer firmemente en lo que haces. Debes mantener la creencia de que lo que haces es enormemente importante y que tu estancia en el mundo importa de verdad. Debes aferrarte a esa convicción y defenderla con fiereza en tu corazón a pesar de los fracasos, la oscuridad, las tormentas y los obstáculos, haciendo frente a la apatía y las dudas. Debes creer que lo que haces en el transcurso de tus días MERECE LA PENA, y debes poner en ello toda tu alma. Si eso te falla, si se te olvida siquiera por un momento, perderás los motivos que te ayudan a soportar el dolor que supone respirar cada día.

Lunes 28 de diciembre

No sé muy bien cómo me siento, es como si me apretaran el corazón con unas tenazas. Jamás pensé que la gente discutiría y pelearía respecto al hecho de que yo esté vivo. Estoy atrapado en un tira y afloja que me está partiendo en dos por dentro. Por un lado está la gente a la que hice daño. Algunas de las cosas que Steve [su abogado] me ha leído hoy me hacen pensar que la muerte es lo mejor que podría sucederme. Hay gente que aguarda mi muerte e incluso reza por ella. Quizá la única forma de poner fin a su odio y curar sus heridas es que yo muera. Quizá cometo un error al querer vivir, al tratar de comensar mis crímenes. Pero luego, por el otro lado, está la gente que lucha por mí. La semana pasada recibí una carta de una amiga mía que decía que soy la única persona en su vida que se ha tomado el tiempo necesario para hacerla buscar lo bastante hondo en su interior como para encontrar sus heridas emocionales y poder curarlas. Aún no ha conseguido curarlas del todo. No he terminado. ¿Cómo voy a rendirme ahora?

Martes 29 de diciembre

Después de lo de ayer, esta mañana no sabía cómo salir de la cama y afrontar el día. Todo eso sobre el sitio web, y sobre la gente ansiosa de que yo muera, es difícil de aceptar. Cuando un fiscal del distrito dice que debes morir no importa demasiado. Ése es su trabajo. Va a decir eso en cualquier caso, aunque no lo crea personalmente o aunque te conozca tal como eres realmente. Pero cuando alguien a quien has hecho daño dice: «Estoy deseando verte morir», eso es diferente. No están diciéndolo porque sea su trabajo; tienen un motivo personal y legítimo para desear tu muerte. Quieren venganza. Sus palabras están encendidas por su furia y su dolor, una furia y un dolor CAUSADOS por mí. Tengo una responsabilidad para con ellos y para con ese dolor.

El arrepentimiento NO restaura lo que se ha roto y se ha perdido. Mi padre solía decir: «El lamentarlo no arregla nada». Por eso es sobre todo por lo que he tratado de hacer *algo más* que decir que lo siento. ¿Cómo compensas un asesinato? Cuando empiezo a hacerme esa pregunta, una y otra vez, la respuesta me retumba en la cabeza: ¡ES IMPOSIBLE! ¡NO PUEDES! Mi siguiente pregunta es: «¿Entonces no debo ni siquiera *intentarlo*?» No podría quedarme de brazos cruzados. Tengo que hacer algo. Eso es lo que he estado haciendo desde hace años: intentarlo, hacer *algo*. He dedicado mi vida a hacer *algo más* que decir que lo siento.

Jueves 31 de diciembre

Al salir de la enfermería miré al cielo, y lo que vi me cortó la respiración. Mientras me llevaban en automóvil de vuelta a la prisión tenía ante mí una vista perfecta de la primera puesta de sol que he contemplado en trece años. El azul del cielo se iba tornando rosa, y luego púrpura, a medida que se aproximaba al horizonte, y las pocas nubes que había formaban estrías sobre el gran globo rojo del sol. Los muros y las torres se destacaban contra el cielo y se convertían en siluetas oscuras. ¡Hasta la prisión parecía hermosa! Cuando llegamos y salí del automóvil, me volví y vi que la luna estaba justo enfrente del sol, en el lado opuesto del horizonte. Estaba casi llena, y parecía materializarse de la nada en el cielo cada vez más oscuro. Pensé que iba a morir sin volver a ver otra puesta de sol.

Jueves 7 de enero de 1999

Piensa en el estereotipo de un condenado a muerte. Imagínatelo. Dibuja su figura. Añádele todas las imágenes de todas las películas que has visto. Dale forma hasta crear un tipo duro y frío. Luego lee esto y mira a ver si encaja en esa imagen.

Hoy he estado hablando con Robert y Steve. Robert asistió como testigo a la ejecución de John Castro. Las últimas palabras de John, lo último que dijo cuando se tambaleaba al borde del Gan Abismo, tras pedir disculpas a la familia de sus víctimas, fue lo siguiente. Quería que su hijo asistiera a la ejecución, pero el alcaide no permitió que un muchacho de 16 años presenciara algo semejante. ¿Entonces —preguntó John a los medios de comunicación reunidos para verle morir—, cómo es posible que les parezca bien ejecutar a alguien que cometió un delito a los 16 años? Mientras yacía allí moribundo, John Castro habló por *mí*. Sus últimas palabras fueron en *mi* favor. Ya no podré decir que no conozco la humildad, que nunca me he quedado sin movimiento y sin habla.

Domingo 17 de enero

Acabo de ver la película *Pena de muerte* (Dead Man Walking). ¡Uau! Bueno... es muy distinta de lo que me imaginaba. Pensaba que la hermana Helen Prejean había conocido a Matthew durante años. Pensaba que en cierto modo lo había redimido y lo había hecho cambiar, pero cuando la vi, realmente me sorprendió que haya creado tanto revuelo sobre la pena de muerte. No sentí ninguna simpatía por ese hombre que se arrepiente a medias veinte minutos antes de ser ejecutado, más por miedo que por pesar.

Jueves 28 de enero

Ayer tuvo lugar lo que más temía: la vista sobre el indulto. Entré allí, les abrí en parte mi alma, supliqué por mi vida, y me escupieron. Con el mundo entero observándome, me humillé y ellos me escupieron. Cuando traté de hablar a las personas a las que hice daño, cuando intenté explicarles lo que sentía, una de ellas me dijo que dejara de suplicar y me muriera.

Domingo 31 de enero

De repente los guardias se han vuelto *amables* conmigo. A medida que se acerca la fecha de mi ejecución ya no se limitan a pasar por delante de mi celda; han empezado a detenerse y preguntarme si necesito algo. Incluso *se dan prisa* en pasarme las llamadas telefónicas. Eso significa algo, ¿sabes? Ese tipo de cosas no pasan desapercibidas. Puede parecer una tontería, pero es una forma de expresar simpatía. Se puede captar el sentimiento que yace detrás. Recuerdo mi juicio. Un guardia que había estado escoltándome y había estado presente toda la semana estaba de pie detrás de mí cuando leyeron la sentencia. Cuando el jurado dijo «muerte», aquel hombre me dio la espalda y miró por la ventana. Cuando se volvía, vi lágrimas en sus ojos. Aquello significó tanto para mí que no sólo me sorprendió entonces, sino que ahora, trece años después, todavía lo recuerdo.

Miércoles 3 de febrero

7:34 de la mañana. Tal como estaba previsto, el día empezó a las seis de la mañana con una salida para que me examinaran por rayos X. Conseguí ver la luna, y le dije adiós. Ahora estoy sentado en la celda LL, que, después de todo NO está conectada con la cámara de ejecución. Alguien me dijo que lo estaba. Esta mañana me di una ducha bastante buena. Durante trece años me he duchado con chanclas. Hoy no las llevaba y, ¿sabes?, da gusto frotarse los pies contra las baldosas y notar su dibujo. Sonará raro, pero había olvidado esa sensación. Ya tenían preparados un televisor y una radio para mí, y los guardias están instalados ante mi puerta con una mesita y un teléfono.

8:45 de la mañana. ¡Acabo de hablar por teléfono con Mike Warnke, y Clifford Richards ACABABA de llamarle para decirle que hoy hay un artículo en el *Tulsa World* que dice que me van a conceder una nueva vista sobre el indulto! Mike dijo, «¡Enhorabuena!», y yo le dije, «No, no, no Mike. Estoy en una celda esperando a morir». Es un error, estoy seguro. Ni siquiera albergo esperanzas. Mike se quedó muy compungido, pero le dije que no se preocupara, que estoy bien. En la prisión me lo habrían dicho. No me molesta la noticia, ni siquiera me preocupa. Ya es casi la hora de mi primera visita. Hoy va a ser un buen día.

9:46 de la noche. He vuelto de mi visita y he hecho mis últimas llamadas. He dicho adiós a todos menos a uno. Ya es hora de que termine mi cena y hable tranquilamente con Dios.

9:57 de la noche. Mi galleta de la suerte dice: «Si tienes éxito a la primera, trata de ocultar tu sorpresa». Me encantó la comida; llevaba trece años esperando una comida china. Claro que, ante la muerte, la comida no te llena el vacío interior.

11:27 de la noche. Han venido a buscarme. Por fin llegó el momento del adiós. Descansaré mi cuerpo y moriré. Mi carrera ya ha terminado. Esto es todo. Dios hará el resto. Shalom Sean Sellers 1969 - 1986 - 1999.

Un insulto a su memoria: la ejecución no es un monumento conmemorativo

Jeanie Bishop

La vida de Jeanie Bishop quedó destrozada por el espantoso asesinato de su hermana, que estaba encinta, y de su cuñado. Desde aquella traumática experiencia, Jeanie se ha unido al creciente número de familiares de víctimas de asesinato que rechazan el uso de la violencia por parte del sistema de justicia penal.

Cuando estaba en la universidad, yo era miembro de Amnistía Internacional, y colaboré en muchos de los asuntos que trata Amnistía, incluida la pena de muerte. Discutía con personas que estaban a favor de la pena capital y, cuando había rebatido todos sus argumentos, terminaban siempre diciéndome: «Opinarías de otra manera si se tratara de tu madre, tu padre o tu hermana. Entonces querrías que su asesino muriera». Sin embargo, cuando mi hermana Nancy, su esposo Rich y su hijo aún sin nacer fueron asesinados me di cuenta de hasta qué punto me oponía realmente a la pena de muerte.

Éramos una familia muy unida, y Nancy era la menor. Se casó con Rich y, después de intentarlo durante mucho tiempo, finalmente consiguió quedarse encinta y estaban a punto de mudarse a su primera casa. Era la noche antes del Domingo de Ramos, en abril de 1990. Nos reunimos para cenar aquella noche de sábado en un restaurante del centro de Chicago. Fue una cena estupenda; al terminar, nos despedimos con un abrazo y ellos se fueron hacia su casa en Wyenetka. Cuando llegaron allí el asesino estaba esperándolos. De hecho, se había sentado en una silla que había colocado de manera que pudiera ver la puerta delantera y la trasera al mismo tiempo.

Por la colocación de aquella silla sabemos que no se encontraron con él mientras robaba en la casa. Había ido allí a matarlos, porque no faltaba nada; es más, mi hermana llevaba 500 dólares en metálico que estaban esparcidos por el suelo. Era como si ella se los hubiera ofrecido a cambio de que se marchara y él los hubiera rechazado. Él los esposó y los obligó a tumbarse en el suelo, y lo que sucedió después lo sabemos porque más tarde estuvo alardeando de ello ante un amigo. En el juicio, el vecino de al lado declaró que había oído a mi hermana gritar: «¡no, otra vez no!».

El asesino no sabía que había un perro en la casa, porque cuando el animal entró corriendo se asustó tanto que apretó el gatillo y la pistola le saltó en la mano; la bala fue a parar a la pared. Entonces mi hermana dijo: «Mira, seguro que alguien lo ha oído, así que es mejor que te vayas cuanto antes». Él los llevó al sótano, puso el arma contra la nuca de mi cuñado y disparó una vez. Le voló literalmente la cabeza. Siempre pienso en el daño que aquello tuvo que hacer a Nancy, ver su sueño destrozado en un instante. Luego, el asesino la apuntó a ella con el arma; Nancy trató de cubrirse el vientre, pero él le disparó contra un lado del abdomen dos veces, atravesándole el codo. Aquello sí que destrozó su sueño del todo porque, aunque ella sobreviviera, el bebé que tanto había deseado probablemente estaba muerto.

El asesino dejó que muriera desangrada; según la autopsia, la muerte de Nancy tuvo lugar unos diez o quince minutos después de que él se marchara. Creo que en algún momento ella debió de darse cuenta de que nadie iba a acudir en su ayuda, porque se arrastró hasta donde yacía mi cuñado, en un rincón, y con su propia sangre dibujó un corazón y la letra U, que significa «te amo»; así era como firmaba las cartas que amor que le enviaba. Eso siempre me maravillará. Pienso en el valor y en la lucidez que demostró en aquel momento: sabiendo que su esposo estaba muerto, que su bebé también lo estaba y que ella iba a morir, eligió ese símbolo como sus últimas palabras. No dedicó su último aliento al asesino; ella era más fuerte que él, su amor era más fuerte.

Nancy y Rich eran personas normales de un barrio acomodado y seguro, por lo que el suceso ocupó las portadas de los medios de comunicación durante casi seis meses; todo el mundo especulaba sobre «quién» y «por qué», hasta que finalmente un adolescente de una escuela secundaria local fue a la policía y dijo que sabía quién lo había hecho. El asesino era un muchacho de 16 años que vivía a unas pocas calles de distancia. Tenía un largo historial de comportamiento anómalo, pero todo el mundo había hecho caso omiso de las señales de peligro.

Este chico había tratado de envenenar a su propia familia contaminándoles la leche, había prendido fuego a personas, había disparado contra transeúntes con una pistola BB [de perdigones]; la lista es interminable, incluso había estado en un hospital psiquiátrico durante una temporada. Alardeó de los asesinatos ante su amigo, que finalmente lo delató después de que amenazara con entrar en un banco, matar al guardia y dejar una nota que dijera: «No tenía por qué matar al guardia; sencillamente, quería hacerlo». Quería ser un asesino en serie, estaba obsesionado con las películas sobre asesinos en serie. Después de su detención dijo a la policía que había elegido a Nancy y Rich porque representaban la «Hipocresía de la Bondad»; declaró que los había visto en la ciudad comprando helado y que parecían felices. Descubrimos que incluso había ido a su funeral.

Así que lo detuvieron, pero no podía ser condenado a muerte porque Illinois, al contrario que otros estados, no permite la ejecución de menores. Cuando finalmente fue declarado culpable y condenado a cadena perpetua sin posibilidad de libertad condicional, lo primero que me preguntaron fue: «¿no está decepcionada porque no haya sido condenado a muerte?». Aquella fue la primera vez que me pronuncié contra la pena de muerte en público; dije: «no». Nancy amaba la vida, y el perderla a ella me ha enseñado el valor que tiene la vida humana. Ella no querría que el monumento a su memoria fuera la muerte de otro ser humano. Además, realmente creo que no podría infligir ni a mi peor enemigo el dolor que aquel muchacho nos infligió. Por eso me alegro de que su familia pueda visitarlo en prisión, abrazarlo, estrechar su mano y oír su voz.

Echo terriblemente en falta a Nancy, pero no puedo ni pensar en arrebatar otra vida a modo de venganza. No veo qué sentido tiene aumentar aún más el círculo de dolor. Además, no quiero tener nada en común con el asesino. La idea de decir que tal día, a tal hora, vamos a poner fin a tu vida inyectándote veneno en las venas me perturba enormemente. También me perturba que eso pueda hacerse en mi nombre. Cuando hablo con personas de la fiscalía del Amnistía Internacional, octubre de 1999 Índice AI: AMR 51/128/99/s

estado que defienden la pena de muerte diciendo, «bueno, no nos gusta hacer esto, pero tenemos que hacerlo por la familia de la víctima», yo les digo: «no pueden hablar en nombre de todos nosotros porque somos un grupo muy diverso; no se atrevan a utilizarnos como excusa».

Cuando vi el cadáver de Nancy en la escena del crimen me asaltó el pensamiento de lo humildes que tenemos que ser, lo sobrecogidos que debemos mostrarnos ante la cuestión de la vida y la muerte; si realmente pensamos en ello, si le hacemos frente, no podremos ir por ahí tan tranquilamente diciendo, «bueno, si te equivocas qué se le va a hacer». Ése el argumento que esgrime el principal defensor de la pena de muerte de esta zona, un tipo llamado Bill Krimble que procesó a John Wayne Gacy [un famoso asesino en serie]; dice: «Comprendo que hay inocentes que mueren ejecutados, pero ése es el precio que hay que pagar». Puede decir eso porque ninguno de nosotros, los ciudadanos blancos de clase media-alta, pensamos que podamos ser declarados culpables por error y terminar condenados a muerte. Por eso, podemos encogernos de hombros y decir: «está bien».

Pienso mucho en las familias de los condenados a muerte. No puedo ni imaginar su dolor, porque cuando yo me despedí de Nancy aquella noche no sabía que no iba a volver a verla. Si lo hubiera sabido, no habría podido decirle adiós. Me siento fatal por esas familias a las que les dicen: «despidanse, porque el 11 de agosto a medianoche su hijo habrá muerto». Por eso creo tan firmemente que la pena de muerte está mal. Tengo que decirlo y tengo que luchar contra ella, y tratar de que salga algo bueno de aquel espantoso mal que les causaron a mi hermana y a su esposo.

Un juez federal de California escribió un artículo en la revista *New Yorker* en el que decía que no le gusta votar a favor de la pena de muerte pero que siempre lo hace porque oye las voces torturadas de las víctimas pidiendo que se las reivindique y porque las familias esperan de él que haga justicia y ponga fin a su dolor. Como respuesta, yo escribí una carta bastante desdeñosa en la que decía que mi hermana no necesita la muerte de otro ser humano para reivindicar su vida.

Siempre he sido abogada, pero empecé dedicándome a la abogacía de empresa. Pasaba todas aquellas horas haciendo tratos empresariales, y no era feliz con mi trabajo, no le encontraba un auténtico sentido. Tras la muerte de Nancy me hice defensora de oficio, y en parte lo hice porque pensé que mi hermana, cuando murió, estaba haciendo exactamente lo que quería y era muy feliz. Sin embargo, si aquella noche yo hubiera muerto atropellada por un camión, sólo podría haber dicho: «maldita sea, he desperdiciado mi vida; no vine al mundo para hacer tratos empresariales».

Así que ahora soy defensora de oficio y el lunes empiezo un juicio por asesinato, por un doble asesinato; es un caso de pena capital. Mi monumento a la memoria de Nancy consiste en intentar salvar la vida de otras personas y tratar de impedir el dolor y el derramamiento de sangre, en lugar de infligirlos. Me encanta mantener vivo su recuerdo de esa manera.